

## Introducción

Ante esta época de cambios, o más bien este cambio de época, en el que la incertidumbre y el vértigo continuo nos atormentan, las alternativas se reducen a dos: lamentarnos por nuestro presente y futuro o enfrentar de forma estratégica nuestras circunstancias. Alternativa esta última en la que la proactividad, la motivación constante y el desarrollo permanente de nuestras competencias serán la guía de nuestros pasos, de nuestro corazón y de nuestra mente.

Uno de los desafíos más complejos para el ser humano es, sin lugar a dudas, tratar de entender, predecir y controlar nuestro extraño pero fascinante mundo interior y exterior. Desde épocas inmemoriales, hemos intentado responder a miles de preguntas que nos inquietan, orientadas fundamentalmente a averiguar sobre nuestros orígenes, el presente y, por supuesto, el tan enigmático futuro. Para tener respuestas, hemos creado hipótesis y teorías que, en cierta manera, nos proporcionan un paradigma y unas bases sólidas en las que apoyarnos. La psicología, la sociología, las religiones o el esoterismo, como otras ciencias o disciplinas, nos brindan un abanico de posibilidades y alternativas a las cuales aferrarnos.

Lo importante en este momento no es hacer un cuestionamiento crítico de estas áreas del conocimiento, sino más bien profundizar en por qué, pese a todo, nos seguimos cuestio-

nando y tornando inseguros ante lo que nos pasa, y por qué la mayoría de las veces nos sentimos sobrepasados por problemas o dificultades que nos estancan, limitando nuestra tan ansiada autorrealización.

Como ser bio-psico-social, la persona se mueve en tres niveles o campos de acción: la salud, los afectos y el trabajo (ámbito social). Estos tres ejes dinámicos actúan en nuestras conductas como agentes movilizadores y energéticos de nuestros pensamientos y emociones. Todo cuanto nos rodea se circunscribe a estos tres aspectos de la vida, desde que somos niños hasta nuestra madurez. Tanto nosotros mismos como nuestra familia y el entorno social nos preparan para ser buenas personas y así poder enfrentar de la mejor manera posible un mundo convulsionado, incierto e impredecible.

Si bien dentro de las reglas de juego nadie nos asegura el éxito, no es menos cierto que nuestra particular cultura contemporánea nos exige —¡vaya paradoja!— ser irremediable, impostergable e injustamente exitosos.

Por distintas razones, el fracaso no es un estado estudiado ni mucho menos valorado en nuestra sociedad. Por el contrario, las personas fracasadas son percibidas como incapaces y, por ende, discriminadas.

Ahora bien, el concepto de fracaso o incapacidad es, a todas luces, subjetivo. De nuestro inconsciente colectivo nacen estereotipos o modelos del éxito asociados socialmente al dinero, al poder, a la salud... o al amor. ¿Se ha preguntado por qué?

Ciertamente, lo único seguro que tenemos son las incertidumbres. Ante esta realidad implacable para algunos, los problemas y desafíos surgen como un obstáculo insoslayable que nos perturba y limita. Pero, entonces, ¿por qué existen personas tan exitosas? ¿Por qué algunas pueden sobreponerse a todo? ¿Será que existen personas más capaces que otras?

## Introducción

El desafío es complejo, por lo que quiero detenerme sólo en un punto de los muchos que hay que analizar: las personas. Gente como usted o como yo, que se enfrenta a este nuevo escenario con una mentalidad y actitud que, al parecer, no asegura una correcta adaptación a los nuevos tiempos.

Nuestra historia personal nos condiciona, prepara y determina ante el presente. Nuestras vivencias, positivas o negativas, van construyendo nuestra particular visión del mundo, nuestros pensamientos, reflexiones, valores, prejuicios y comportamientos.

Así, el motivo que avala comenzar este libro desde uno como persona es que a través de ello puedo acercarme al tema del emprendimiento y la gestión organizacional o, en otras palabras, al mundo del trabajo y del desarrollo personal, con sus problemas y desafíos. Espero lograr hacerlo de una manera simple, didáctica y entretenida para demostrar que cuando uno se lo propone, con mucho esfuerzo y trabajo, se pueden realizar las metas, esperanzas y sueños.

En los próximos capítulos trataré de exponer una serie de cuestionamientos, preguntas y reflexiones sobre cómo somos y cómo percibimos los problemas actuales y desafíos futuros. Para ello agudizaré mi mirada en la relación que tenemos con el trabajo y sus conflictos. Así, a través de este tema, usted, y sólo usted, pueda construir su propia visión del mundo y sus desafíos, y responder a las preguntas que le inquietan.

*Puede ser un buen día* es un libro dirigido a todo el que cree en el emprendimiento como una actitud de vida que puede aumentar su satisfacción y desarrollo profesional, proporcionando valor y ventajas comparativas y competitivas a su gestión. Porque tener una visión emprendedora no se refiere a una cuestión literal (soy ciego y carezco del sentido de la visión). Por el contrario, es una actitud de vida, que si es bien

utilizada y dirigida, en ella puede radicar el cambio que usted y su empresa necesitan (y de esa visión, tengo y mucha).

La capacidad de poder transformar una idea en un proyecto y luego en una realidad es sólo parte de las competencias necesarias para un emprendimiento efectivo. Poseer una clara y concreta visión de futuro y asumir los riesgos necesarios es lo que diferencia a los hombres, mujeres y empresas que liderarán los cambios del presente y los proyectos del mañana. Pero ¿eso basta?

Este camino acaba de comenzar y debemos estar preparados para ello. No sólo con una mirada atenta al futuro, sino también con la capacidad de observar y aprender de nuestro pasado.

Pero lo importante, y el eje fundamental de este libro, es que muy pocas veces valoramos lo que tenemos y, las menos, agradecemos la estabilidad. Sin embargo, lo que tenemos hoy, sea bueno o malo, puede cambiar mañana. La pérdida de nuestra estabilidad puede parecer irreversible y una amenaza que nos parezca imposible de sobrellevar... Por fortuna la vida es dinámica y siempre nos enfrenta a nuevos desafíos, a veces superando obstáculos y otras disfrutando de merecidos éxitos. Pero sea lo uno o lo otro, la vida cambia y debemos estar preparados para ello.

Propongo, entonces, un desafío: superar los propios miedos y transformar sus debilidades en verdaderos puntos fuertes. ¿Quién se atreve?

# 1

## Mi historia

No es necesario, a mi juicio, haber vivido una vida muy tormentosa, repleta de aventuras, envidiada o exitosa para escribir un libro con pequeños tintes autobiográficos. Como tampoco hace falta tener mucha edad, pertenecer a una familia aristocrática, ni ser un símbolo de las generaciones pasadas, presentes o futuras. De hecho, me he empeñado en iniciar este libro, mi libro, con una parte de mi historia que probablemente a muchos no le interese, pero que puede ejemplificar que, cuando uno quiere lograr algo y se esfuerza por ello, puede transformar una aparente debilidad en una gran fuerza.

No crea que mi intención es desnudar mi vida transformando estas páginas en una autobiografía en toda regla. En realidad, sólo contaré una parte de mi vida, aquella que considero pertinente y coherente para el posterior desarrollo y comprensión de este libro.

Esta historia comienza en Chile, un 25 de septiembre de 1973, o por lo menos eso creo, porque por una equivocación del Registro Civil aparezco como nacido el 25 de octubre de ese año. No es algo tan grave (de hecho, nunca he ido a reparar este error), ni algo que transformara mi vida, pero creo curioso destacarlo. Mi familia en aquellos años era bastante acomodada, cosa que fue cambiando con el tiempo, junto con los

vaivenes económicos de la época. Hasta aquí, nada nuevo ni diferente de cualquier historia. Pero a los doce años se me diagnosticó una enfermedad de la vista: una malformación en los vasos sanguíneos, de origen desconocido y con un pronóstico muy difícil e incierto. Fue una terrible e inesperada noticia para un niño, cuyas únicas preocupaciones, en ese entonces, eran descubrir el verdadero nombre del *Chavo del 8* (un programa televisivo muy famoso en mi niñez) y qué habría pasado con algunos de sus protagonistas: de qué murió el papá de Kiko o si doña Florinda se casaría alguna vez con el profesor Jirafales. Tampoco quería perderme los nuevos capítulos de *Plaza Sésamo* (*Barrio Sésamo* en España), o cualquiera de esas enormes e importantes cosas que me llenaban con agrado tardes enteras de entretenimiento frente al televisor.

Mi enfermedad era muy extraña. Los médicos decían que era algo más común que apareciera en un solo ojo, pero en ambos, al menos hasta esa fecha, sólo lo presentaban dos pacientes: una mujer y, por supuesto, yo... o, al menos, eso es parte del mito.

Desde los doce años, y por un buen tiempo, me acostumbré a los continuos derrames que se me producían sin causa alguna. De haber sabido su origen, se podría haber prevenido de una u otra forma. Pero ignoraban si me los producían el ejercicio, algún esfuerzo, el estrés, los nervios, las comidas, si ocurrían porque sí, porque no, por esto, por lo otro, en fin... En todo caso, como no se sabía qué los causaba, no me dejaban hacer casi nada: no podía hacer educación física, ni jugar al fútbol, ni hacer esfuerzos, ni pelear en el colegio...

Los derrames no eran dolorosos y se manifestaban de manera muy simple. Era como si a un pedazo de vidrio le cayera una gota de sangre. Así comenzaron. Con el tiempo, aquella gotita de sangre se fue esparciendo por el ojo, y mi visión era

lo más parecido a ver a través de un vidrio empañado, muy empañado. Por fortuna, el ojo posee un mecanismo natural que va limpiando esos derrames. Para ello sólo bastaba, en mi caso, el reposo de unos cinco o seis días y ya estaba como nuevo otra vez.

Los médicos hicieron lo que estuvo en su mano para tratar de controlar la enfermedad. Se portaron muy bien, sobre todo Luis Bravo, que era el que siempre me veía. Fue tanta su dedicación y buena voluntad, que sólo en un comienzo me cobraba, después me atendía sin que hubiera que pagarle. Incluso en las operaciones sólo cobraba los materiales básicos. Y no estoy hablando de cualquier oftalmólogo, sino de uno de los más reconocidos de Chile.

Mis ojos deben haber soportado cerca de 203 operaciones, la gran mayoría ambulatorias y sólo tres fueron más complejas. Desde los doce años, una vez por semana, tenía que viajar dos horas, desde mi casa en Viña del Mar hasta Santiago, para operarme. Las intervenciones no duraban mucho, entre una hora y una hora y media como máximo, pero algunas eran bastante dolorosas. Pasé por el láser y el criocoagulador, este último más molesto que el primero. Lo peor de todo era que cada vez que me operaban con el «crio» tenían que ponerme una inyección dentro del ojo... ¡Era horrible!, no porque doliera sino porque me ponía muy nervioso.

Las operaciones más serias eran como cualquier otra. No puedo contar nada de ellas, porque nunca quise saber en qué consistían, lo único que sé es que fueron en Chile y una en Argentina. Incluso en este último país, pasó algo nuevo para mí: al finalizar la operación los doctores depositaron en el interior del ojo una burbuja de gas para que mantuviese su forma, y debido a esa burbuja tuve que quedarme cerca de un mes en Buenos Aires, ya que si me subía a un avión, el gas se podía expandir y ha-

cer reventar al ojo. Lástima que a los quince años mis intereses eran limitados: no llegué a ver casi nada de la capital de Argentina y me pasé casi el mes completo viendo la televisión.

Como la medicina tradicional no estaba dando resultado, comencé a visitar a otro tipo de «sanadores»: desde congregaciones religiosas, hasta tipos que imponían las manos, pasando por monjes brasileños, sanadores a distancia, clarividentes...; de todo.

A los diecisiete años me quedé completamente ciego, no sólo de la vista, sino también del alma, y también se cegaron mis ganas de vivir. Con la fascinante y reparadora distancia que sólo otorga el tiempo y muchas experiencias vividas, creo que, a todas luces, lo segundo fue lo peor.

En poco tiempo, la rabia y la pena se apoderaron casi sin darme cuenta de mí. De ser un muchacho normal, me sumergí en una depresión con todas las letras. Lo peor es que esta maldita enfermedad parece cualquier cosa menos eso. Yo racionalizaba los largos tres o cuatro meses que estuve en cama sin querer levantarme, como parte de mi incapacidad y discapacidad, a todas luces, más intelectual que física. Es increíble ver el pasado y notar todas aquellas sensaciones y emociones que eran imperceptibles para mí. No sólo sentía rabia conmigo por estar en aquella situación, lo peor era que sentía rabia, mucha rabia, con el mundo y lo expresaba de la forma más torpe: contra los que más me querían y cuidaban. Por fortuna, mi familia y amigos soportaron estoicamente ese mal período de mi vida. Por otra parte, la pena no se manifestaba en mucho llanto, lamentablemente nunca he sido muy bueno para llorar, sino en un profundo dolor del alma y en la desesperanza hacia el presente y futuro.

Hasta esa fecha tenía mi vida bien planificada, como casi cualquier joven a esa edad, lleno de sueños, proyectos y espe-

ranzas. Siempre me había gustado la idea de crear o dirigir alguna empresa, por lo que la opción de estudiar algo en esa área tomaba cada vez más fuerza. Como todos, al menos los de mi generación, mi proyecto de vida siempre había sido casarme, tener hijos y sobre todo lograr la tan anhelada independencia, tanto económica como en los demás ámbitos.

Pero esta dificultad en mi vida hizo que replanteara bruscamente todo lo que ya consideraba como una certeza, pero con la incapacidad de no poder visualizar ni las cosas ni un futuro mejor. El presente y el futuro se presentaban ante mí repletos de amenazas, conflictos y frustraciones. Tal vez, perder el sentido de la vista, junto con los colores, las personas, los paisajes y todo lo que me rodeaba también oscureció mi capacidad de ver mi futuro, mis potencialidades y todo lo que podía lograr si me lo proponía. En ese momento la falta de visión física oscureció también mi visión espiritual.

Mi mente y mi vida, junto con la de mi familia y amigos más cercanos, se llenaron de inseguridades. Por lo que conocíamos de los ciegos —que era bastante poco—, las alternativas se limitaban a quedarme en mi casa y depender para siempre de mis padres y hermanos. Del asunto amoroso, ni hablar, partiendo de la base que ni yo mismo me quería... ¿quién lo iba a hacer?

Allí estaba yo, en plena adolescencia, abrumado por la juventud, repleto de inseguridades, con muchas debilidades y muy pocos puntos fuertes, con un entorno amenazante y escasas oportunidades...: un panorama aterrador que se contraponía a todos mis sueños. Hasta poder superar esa realidad, soporté las peores pesadillas.

En este limbo de angustias me mantuve hasta que mi familia y compañeros de curso me plantearon la insólita y, a mi parecer, ridícula idea de terminar mi último año de enseñanza

media rindiendo los exámenes en forma libre. ¿Cómo alguien en su sano juicio podía pedirle a un ciego que estudiara? ¿Para qué? Sin embargo, esa idea que al principio me pareció una monstruosidad me sedujo no por el hecho de poder proyectar mi vida hacia estudios superiores —lo que era impensable para cualquiera en mi situación, incluso para el más optimista—, sino más bien porque estaba enfermo de aburrimiento y ya no quería continuar acostado y autocompadeciéndome. Justo en esa época, escuché en la radio una canción algo antigua de Joan Manuel Serrat. Una canción que se llama «Hoy puede ser un gran día», cuya letra y música, llena de optimismo, me hizo pensar que en realidad cada día puede ser un gran día, y que sólo hay que planteárselo así.

Como en aquellos tiempos la tecnología no estaba tan avanzada como hoy, grabé aquel instrumento de motivación todas las veces que pude en un casete de audio. Y cada mañana, como un desayuno de energía para mi alma, lo repetía y repetía acostado en mi cama mientras me cargaba de fuerzas para enfrentar el enorme desafío de superar mis miedos, y retar a duelo a los fantasmas que inundaban mi mente.

Creo que en esos momentos comprendí que el comienzo de una nueva historia para cada persona puede tener distintos puntos de partida y refuerzos. Puntos de partida que no deben comenzar necesariamente de uno mismo. Pueden ser tus familiares, padres, hermanos, esposa, hijos, un sueño, una canción, un libro, una película o tal vez, como en mi caso, muchas de las anteriores. Pero, sea lo que sea, siempre se debe buscar aquel punto de partida que será el comienzo de una nueva historia.

Así comencé tímidamente y con la gran ayuda de mis más cercanos y del Centro de Grabación para Ciegos de Viña del Mar —lugar donde voluntarios graban libros en audio— a estudiar. Y de pronto, casi sin saber cómo ni cuándo, me encon-

tré figurando en la ceremonia de licenciatura como participante activo. ¡Qué noche aquélla!, una de las más emocionantes de mi vida. No sólo salía del colegio sino que sentí patente y concretamente el apoyo irremplazable de mi familia y amigos.

Creo que fue en ese momento cuando me dije que no todo era tan malo como yo pensaba y que podía hacer muchas más cosas de las que yo creía hasta aquel entonces. En esa época, y a petición de mis padres, comencé a visitar a un psicólogo. Creo que fue entonces cuando descubrí mi vocación, pues la experiencia fue francamente decisiva, no en el sentido de que ello fuese el comienzo de mi rehabilitación, sino porque al ver lo que hacía el psicólogo, me pareció que era un oficio muy fácil y simple —con el perdón de mis colegas— a tal punto que lo asumí como propio y escogí esta carrera como una opción válida para mí.

Mis ocho sesiones con el psicólogo no fueron tal cosa, en realidad sólo iba a jugar a ajedrez, damas y juegos por el estilo. Fueron sesiones interminables, intrascendentes y aburridísimas. Yo no estaba nada bien y aquel camino no me hacía sentir lo contrario. Hasta el día de hoy, no entiendo qué tratamiento intentó hacer conmigo o qué tipo de enfoque, estilo terapéutico o marco teórico utilizaba. El tema de la rehabilitación psicológica de los ciegos en Chile no está muy avanzado, de hecho, mi psicólogo mientras me atendía, le preguntaba a la secretaria del Centro de Grabación para Ciegos qué podía hacer.

Pues bien, aquello de escuchar a la gente y además cobrar por ello me alentó y me abrió nuevas alternativas de futuro. Debo reconocer que mi vocación profesional no se basó en cuestiones muy lógicas o altruistas, como le ocurre a la mayoría de los miles de aspirantes a esta hermosa carrera. Pero la

experiencia me alentó y me llevó a solicitar el ingreso en las dos universidades más importantes de la zona donde vivía, en pos de una plaza y de un nuevo futuro.

A comienzos del año 1992 fui a entrevistarme con los directores de carrera de ambas universidades para decirles con voz fuerte y clara que ¡quería ser psicólogo! Mi sorpresa fue mayúscula cuando ambos me respondieron que nunca antes había estudiado psicología un «invidente» —ignoro de dónde sacaron esta palabra, a mi criterio el concepto correcto es ciego o discapacitado visual—, y que a su juicio yo no podría conseguirlo. En un comienzo les creí y salí de aquellas oficinas totalmente derrotado moralmente. Pero a los pocos días me había convencido a mí mismo de que con toda probabilidad ellos estaban equivocados y yo podía —si me lo proponía— estudiar y terminar como un flamante profesional. ¿Qué avalaba este pensamiento? Probablemente nada, por mi experiencia e información sé que en todo el mundo los ciegos en particular y los discapacitados en general siempre sufren dificultades para acceder a estudios superiores o al ámbito laboral. ¿Cómo podía creer que podría lograrlo si además aquellos directores de carrera —gente especializada en el comportamiento humano y poseedora de los conocimientos que da la ciencia— eran de la opinión de que no podría...? Pero si la Tierra no es plana y los pronósticos del tiempo casi nunca aciertan ¿por qué no podían estos académicos estar equivocados?

Así que me puse mi mejor ropa —unos vaqueros y una camisa bastante decente—, cargué con mis sueños e ilusiones y partí a Concepción, ciudad donde se encuentra el mejor centro de rehabilitación para ciegos de Chile. Por fortuna, también en esta ciudad vivía una tía muy querida que fue, junto con mi tío y primos, una gran ayuda afectiva. En este centro, llamado COALIVI —Corporación de Ayuda al Limitado Visual—, pasé

grandes y hermosos momentos, y conocí a gente muy valiosa. Allí no sólo me enseñaron a manejarme con el bastón y a conocer el método Braille, sino que también me adiestraron en actividades de la vida diaria como cocinar, planchar, encerer y confeccionar diversos objetos...; cosas que nunca se me ocurrió hacer mientras tenía vista, pero que me sirvieron de mucho. Aprendí que los ciegos no sólo se dedicaban a vender lotería en la calle, sino que también trabajaban, estudiaban y tenían una vida tan normal como cualquier otra persona.

Después de muchas caídas y golpes en la cabeza provocados por las puertas, postes, escalones y todo lo que se cruzaba en mi camino, terminé el curso de capacitación y regresé a mi casa, listo para volver a solicitar mi ingreso en las mismas universidades.

En 1993, me puse de nuevo mi mejor ropa —que en ese tiempo ya había mejorado un poco—, renové mis ilusiones y partí a solicitar plaza nuevamente, pero con mi carné de hombre rehabilitado y con muchas más fuerzas y energía que el año anterior. Pero fue mucho más grande mi sorpresa cuando aquellos mismos directores repitieron los argumentos de la primera vez haciendo que de nuevo se esfumaran mi posibilidad de estudiar junto con mis sueños. En ese momento entendí que debía cambiar de estrategia —que no de sueño— y acudí a una nueva universidad privada que abría la carrera de psicología en la zona. En ella tuve la posibilidad de estudiar, ya que, al ser una universidad nueva y en proceso de formación, no parecían existir prejuicios... y además necesitaban nuevos alumnos, por lo que mi permanencia sólo dependía de mí y de mi esfuerzo.

Allí encontré grandes amigos y profesores, y con su ayuda y la de mi familia pude terminar mi carrera en forma muy satisfactoria. Esa época de estudios no fue fácil. Mi visión acer-

ca de los psicólogos y su trabajo había sido hasta aquel momento bastante superficial, pero a medida que fui avanzando en mi carrera, me fui dando cuenta de que las cosas eran mucho más difíciles de lo que yo imaginaba. Para mi desgracia, pude comprobar que existen muchas personas que dicen ayudar al prójimo y ser muy sensibles con su entorno, pero en realidad es sólo un pequeño grupo el que se pone la camiseta y se preocupa de lo que les pasa a otras personas. Así, hubo profesores (los menos, por fortuna) y alumnos que creían que yo no tenía nada que hacer allí. Pero con el tiempo y gracias a mis logros fueron cambiando de idea.

Mi visión de futuro a los diecisiete años, antes de quedarme ciego, estaba orientada hacia la gestión empresarial, y yo años más tarde era psicólogo (y estoy muy feliz de ello), pero me faltaba algo. Con varios kilos de más, por exceso de comida, por la buena vida, la poca vergüenza, y una buena cantidad de sueños (sé que los sueños no aumentan el peso, pero es mi racionalización para no sentirme culpable), me puse nuevamente mi mejor ropa (que por supuesto no era la misma) y tomé otra decisión que marcaría mi vida: ¡hacer un MBA! Creo que en esa época no sabía ni lo que significaban aquellas siglas, sólo sabía que era una especialización que estudiaban profesionales de distintas áreas para profundizar en el tema que me apasionaba, y que en ese entonces era una deuda en mi vida: la empresa y los recursos humanos. Así que me inscribí, fui aceptado, estudié y me titulé.

Como puede verse, hasta hoy el camino no ha sido fácil. Día a día me he enfrentado a distintas situaciones que me exigen un alto grado de concentración y, por encima de todo, mucho esfuerzo y automotivación.

En los últimos tiempos he contado esta historia muchas veces. Creo que la gente se impresiona un poco por lo que he

conseguido y no se logra explicar cómo ha sido posible. Incluso algunos me han dicho que si les pasara lo mismo no serían capaces de salir adelante. Llegados a este punto, son muy recurrentes las frases de halago, aunque el común denominador de las conclusiones que sacan sobre ello son atribuirme una inteligencia superior al resto o el suficiente buen nivel económico para haber podido solventar todos mis estudios. A este respecto debo aclarar (por si usted ha tenido la misma idea) que ninguna de las dos alternativas es correcta. Por una parte, todos los estudiantes de psicología, cuando cursamos la asignatura de aplicación de pruebas, debemos practicar, y el mejor método para ello es aplicarnos las pruebas de inteligencia entre nosotros mismos. Los resultados de mis pruebas estuvieron en el promedio de cualquier persona. Con esto —y aunque me hubiese encantado decir lo contrario— se descarta la primera teoría.

Con respecto al segundo punto —mis potencialidades económicas—, debo decir que mi situación en aquella época no era muy distinta a la de cualquier chileno de clase media: no poseía las capacidades, ni los recursos económicos para costear mis proyectos e ideales, así que en ambas carreras pedí un crédito. Hasta el día de hoy, y por mucho tiempo más, estoy pagando mi apuesta de crecimiento y desarrollo. El hecho de tomar la alternativa del crédito para estudiar se debe básicamente al exceso de confianza que tengo en mí mismo. Desde que comencé a estudiar confiaba en mí, pues sabía que cuando llegara el tiempo de pagar mis deudas tendría dos alternativas: pagar o huir tan rápido que nadie me alcanzara. Sea la primera o la segunda, es decir, pagar o salir corriendo, ¡confiaba y confío en mí!

Estoy seguro de que en épocas de crisis es cuando realmente una persona puede saber a ciencia cierta cuáles son sus ver-

daderos puntos fuertes y competencias. En esas circunstancias de la vida, nos planteamos y presentamos ante el presente y el futuro tal como somos, sin disfraces ni máscaras que nos protejan. Es en esos momentos cruciales y sensibles donde nuestro camino se abre a múltiples alternativas. En mi caso, como en el de muchos otros, había claramente dos opciones: deprimirse y quejarse por todo lo injusto que nos está pasando, o bien enfrentar este nuevo, complejo e incierto desafío de una manera estratégica que implica, necesariamente, mucho trabajo, esfuerzo y motivación. Uno siempre es libre y soberano de escoger. Tal vez deprimirse sea más doloroso, pero más cómodo; atreverse y desafiar las circunstancias puede requerir más trabajo, pero los resultados son impagables.

No crea que hoy en día se han terminado todos los problemas para mí. Sin lugar a dudas, la discriminación, la falta de oportunidades, la incertidumbre, los obstáculos y conflictos no se han acabado. Si bien laboralmente he conseguido un lugar, el camino de la inserción y rehabilitación acaba de comenzar y tal vez nunca termine, pero al menos hago lo que creo y lo que quiero. Y todo lo que tengo, problemas y logros, son producto de mi esfuerzo.